

La irrelevante cuaresma

EL mes de marzo coincide en buena parte con las semanas de Cuaresma. Es éste un tiempo en el que, como elementos externos más salientes, se pueden mencionar la imposición de la ceniza, el ayuno, y la abstinencia de los viernes (la llamada «vigilia»). Los textos de Cuaresma insisten mucho y con frecuencia citan juntos al ayuno y la limosna.

1. Una primera mirada a la realidad social permite concluir: **los carnavales recuperan su espacio y la cuaresma se queda sin sitio.**

Los españoles de una cierta edad recordarán aquellas semanas santas de los años cincuenta, en las que no había cines ni teatros y únicamente se permitía la proyección de alguna película de contenido declaradamente religioso. Y, en el mundo de los abuelos, resultaba usual la estampa de la madre de familia que se recluía en la cocina los viernes de cuaresma para «compensar» con dulces típicos del tiempo el disgusto por la abstinencia impuesta de los inevitables potajes de vigilia... Todo esto hoy resulta lejano. Algunos encontrarán estas prácticas de cuaresma casi tan exóticas como la celebración del Ramadán, que a nuestra cultura le queda bastante distante. Una serie de ritos en los que no se advierte ni utilidad ni sentido.

*En una época de menús largos y estrechos, de afición a la gastronomía, de clínicas dietéticas y de alimentación macrobiótica, no se entiende el ayuno por motivos religiosos. También la limosna en muchos casos ha perdido su carácter de generosa solidaridad para quedar reducida a un calmante de urgencia –sobre todo para el que la da– o una seudojustificación. «El placer de la limosna es un placer altivo e inmoral, un deleitarse el rico en su riqueza y poder y en la comparación de lo que él significa con respecto a lo que significa el mendigo. Así la limosna corrompe tanto al que la da como al que la recibe y además no logra su fin, porque sólo consigue aumentar la mendicidad» decía un personaje de *Los demonios* de Dostoievski. Y la imposición de ceniza en la frente de un ser humano equivale, para la sensibilidad de algunos, a un viaje en el túnel del tiempo que desemboca, a la salida, en una especie de procesión de penitentes de la Edad Media.*

2. Pero una Cuaresma a la que no se ve sentido lleva con frecuencia, apuntando por elevación, a preguntarse por el sentido que para muchos pueda tener la religión.

NO se podrá aceptar y vivir con gozo una religión que defienda que el cuerpo es despreciable y por tanto hay que atarlo muy corto para que no se desmande, ya que el cielo hay que ganárselo a costa de privaciones y sufrimientos (y cuanto más, mejor). Si hay que producirse dolor y sacrificarse para aplacar así el enojo de un Dios airado que necesita o acepta complacido nuestros tormentos, entonces la fe cristiana bordea la paranoia. Con todo esto, una cuaresma socialmente irrelevante realimenta la duda de si la religión cristiana tiene hoy algo verdaderamente atractivo que ofrecer. Y si lo que se promete a cambio es una felicidad sin límites en las verdes praderas del más allá, sin enganche alguno con lo que aquí somos y queremos, los controladores de la «vida eterna» bien pueden seguir esperando sin muchas

prisas nuestro aterrizaje. No es fácil en esta orilla definir con precisión en qué consiste nuestra felicidad. Ya Aristóteles sentenció que **«Los hombres, por mucho que investiguen, no aciertan a ver en qué consiste la felicidad y el bien en la vida»**. Quizá por ello sea más sensato y realista conformarnos con unas aspiraciones discretas. **Small is beautiful**. Es el momento de la ética de mínimos, la estética minimalista. Aun el mismo Dionisos ha perdido pasión y grandeza hasta quedar reducido a una edición de bolsillo. Enfilemos el sendero del **«carpe diem»**. Saquemos a la vida todo el jugo posible. Y ya está.

3. ¿Reencontrar la Cuaresma?

EN lo dicho puede haber «verdades» pero no toda la verdad ni la mejor porción de ella. El cristiano que quiera serlo tiene la tarea difícil de redescubrir que la cuaresma y sus elementos significativos son profundamente humanizadores. Más aún, que la fe cristiana no es una inversión descabellada a largo plazo, sino oferta humanizadora de reconfortante felicidad.

Desandemos el camino. Volvamos a la Cuaresma. La Cuaresma nace como **preparación** para aquellos catecúmenos que deseaban recibir el bautismo. Fue un proceso que se fue configurando al paso del tiempo. El siglo II se determinó un domingo como aniversario de la pasión de Cristo. La pascua cristiana quedó fijada el domingo siguiente al 14 de Nisán, fiesta de la pascua judía. Al principio había solamente un triduo de preparación, con un ayuno comunitario de dos días. Este ayuno pretendía hacerse presente de algún modo a la muerte de Cristo y prepararse activamente para su venida. El siglo III el ayuno se extendió ya a tres semanas, que constituían la preparación para el bautismo en la noche pascual. En el siglo IV se institucionaliza con mayor detalle la **reconciliación de los penitentes**. Tenía lugar el jueves. Ese día se celebrará la cena

eucarística. Como preparación para esta reconciliación del jueves, se fija un número de 40 días previos.

*Recuérdese el significado simbólico y la utilización frecuente de este número «40» en la Biblia (cuarenta años de desierto del pueblo, 40 días de desierto de Jesús, 40 días entre Resurrección y ascensión). La Cuaresma comenzaría, por tanto, el miércoles de ceniza, que se imponía a los que comenzaban el proceso de reconciliación. Cuando desapareció esa modalidad de penitencia pública, a finales del s. XI se extendió a todos los cristianos en general la costumbre de **imponer la ceniza**. Confluyen, por tanto, en este tiempo tres itinerarios distintos: los catecúmenos se preparaban para el bautismo, los penitentes para la reconciliación y los cristianos en general para la celebración de la Pascua. En este encuadre enfoquemos de cerca aquellos elementos típicos que nos resultaban sospechosos y evasivos: el ayuno y la limosna.*

4. El ayuno nos desbroza el camino para el encuentro con el propio yo.

POR supuesto, este ayuno nada tiene que ver con un esfuerzo por recuperar la línea. Ni tampoco con el fin exclusivo de sentir una privación. Tiene virtualidades mucho más ricas. Alguien ha dicho que en los grandes almacenes entramos como personas y salimos como clientes. Estamos siempre al borde del peligro de reducirnos neuróticamente al papel de coleccionistas ávidos de cosas y de personas. El ayuno es privación voluntaria —aunque cueste— de alimentos. Pero hay muchas clases de ayunos y ayunos posibles de muchas cosas. Ser capaces de distanciarnos de nuestra voracidad más o menos domesticada, recuperar aquella perspectiva en la que cada cosa queda en su sitio y nosotros en el nuestro, es un ejercicio saludable de recuperación del propio yo. Podemos así levantar los ojos para ver más lejos y más allá de las presas inmediatas posibles. Vivir ...**«primero lo que importa... saber que lo demás es**

añadidura» (Mt 6, 33). Por paradójico que parezca, el ayuno nos ayuda a vivir para que no sean otros (cosas o personas) las que «nos vivan», las que organicen nuestra vida.

5. El ayuno nos abre la puerta y el acceso a los demás.

LA tragedia de los refugiados de Rwanda y el Zaire no se vive y siente lo mismo en la conversación refinada de un cóctel enmoquetado que en la entrega admirable de un cooperante o voluntario. Es verdad que no todos podrán o deberán ser cooperantes. También lo es que no todos podrán hablar del hambre de la misma manera. Esta clase de ayuno va mucho más allá de un cumplimiento «leguleyo» de ciertas normas. No hemos olvidado «algunas» cuaresmas sibaritas en que la pecaminosa carne de tercera era sustituida —¿con todas las bendiciones?— por un pescado de primerísima calidad. El truco ya es viejo. Con razón San Agustín denunciaba: **«Hay por ahí quienes observan la cuaresma antes regalada que religiosamente y se dan más a la invención de manjares nuevos que a reprimir pasiones viejas. Se hacen con múltiples y costosas provisiones de todo género de frutos hasta dar con los platos más variados y succulentos; y, rehuyendo tocar las ollas donde se coció la carne, para no mancillarse, abreven sus cuerpos en los más refinados placeres del sentido».** Quisiéramos esperar que estas hipocresías pertenecen definitivamente al pasado.

Por ese camino del encuentro con los otros, el **verdadero ayuno de cuaresma es dinámico y solidario:** ayuda a tomar conciencia de que **hay que luchar** para que los demás no se vean obligados a pasar hambre. El ayuno y la limosna no se quedan en la mera privación. Empujan hacia el deseo y la posibilidad de compartir. Del mío pasamos al nuestro. **«Quien no ayuna para el pobre**

engaña a Dios... así pues, cuando ayunemos, coloquemos nuestro sustento en manos del pobre» exhortaba en sus sermones San Pedro Crisólogo. Y así, en quien comparte nace el propósito de luchar no sólo contra el hambre sino contra las causas que la producen.

6. Unos senderos inesperados llevan a una fuente de felicidad.

LA reseca cuaresma, que nos ha permitido descubrirnos a nosotros mismos y a los demás, nos invita a detenernos ante una persona que proclama y vive un mensaje: Jesús de Nazaret.

Lo más característico de Jesús no es la renuncia, el desprecio a las cosas o al cuerpo. Su vida y su predicación no son las de un asceta de rostro desafiante, sino de un hombre alegre. Alaba a quien, cuando ayuna, perfuma su cabeza. No es el aguafiestas de la alegría humana sino el que acude a las bodas de los amigos para poner más alegría y mejor vino. En los evangelios la palabra «vida» aparece con mucha mayor frecuencia que la amenaza «muerte». Jesús se presenta como el novio de la parábola: cuando él está presente, los ayunos están de más. **«El Reino de Dios no consiste en lo que uno come o bebe sino en justicia y paz y gozo en el Espíritu Santo»** (Rom 14, 17). Llevados por ese espíritu que no ignora la realidad sino que la asume amorosamente, el hombre es capaz de vender con alegría cuanto tiene para comprar el campo que encierra el tesoro o la perla preciosa. Testigos cualificados que han hecho esta experiencia en sí mismos lo cuentan y cantan con gozo: **«Ya era libre mi ánimo de ambiciones y honores y bienes, de revolcarme en el fango... Ya podía cantarte como cantan los pájaros al amanecer, a ti, mi Señor y mi Dios, que eres mi claridad, mi riqueza y mi salud»** (San Agustín).

7. La felicidad, para ser verdaderamente «mía», tiene que empezar aquí.

EL mensaje de Cuaresma, por tanto, es un mensaje de afinamiento para hacernos capaces de apreciar y gustar ese gozo, esa vida. No es una renuncia incomprensible aquí con la mortecina esperanza de una recompensa en el más allá. **No hay dos felicidades y dos vidas, ésta y la otra, sino «una»:** Como certeramente señala un teólogo actual (Greshake), la felicidad debe empezar ahora. Lo que ha dado en llamarse «la otra vida» es en rigor expansión y plenitud de mi vida, única, intransferible, irremplazable: de no ser así, esta vida —que es la mía— no tendría salvación. Por tanto, levantar un muro infranqueable entre felicidad aquí y salvación más allá conduce o a la felicidad sin salvación que proclaman ciertas filosofías o a la salvación sin felicidad que predicán ciertas teologías. Y si no hay dos vidas, y si la cuaresma nos restaura la imagen del yo, de los demás y señala el camino de la fuente de la felicidad, entonces habrá que concluir —otra vez con San Agustín— que la cuaresma no es tarea de unas pocas semanas de nuestro calendario. **«No es una parte de nuestra vida, sino la vida entera».** La envejecida Cuaresma, desfigurada por rutinas, hipocresías y mandamientos incomprensibles, encierra un potencial de vida y de felicidad mucho más que lo que dejan entrever sus desvaídas caricaturas al uso.